

LA FENOMENOLOGÍA DE LA MUERTE EN LA POESÍA DE EMILY DICKINSON

Viorica Patea

Universidad de Salamanca

ABSTRACT

This paper is an attempt to analyze the mystical and mythical implications of death in Emily Dickinson's poetry, evidencing the magico-religious quality of her spiritual universe. Heavily relying on the neoplatonic body of thought. Emily Dickinson does not regard death as the total annihilation of existence; in spite of the terror and anguish it evokes, death is a stage within an initiatory process and constitutes a pathway to a higher spiritual mode of being. Seen from this mythical perspective, death arrogates itself a spiritualizing and creative function which changes man's ontological status.

La concepción metafísica de la muerte representa el eje axiológico del horizonte espiritual de la obra de Emily Dickinson. Responde a su orientación romántica y neoplatónica que preconiza una visión del mundo como un todo integrado. Está implícita en un sistema de analogías y correspondencias indestructibles entre el mundo fenoménico y el espiritual, en las que la existencia recibe su significado supremo derivado de unos principios metafísicos.

El concepto dickensoniano de la muerte se inscribe dentro de unas coordenadas mágico-religiosas, que transforman esta experiencia, como diría Mircea Eliade¹, en momento que posibilita la resurrección iniciática y la regeneración espiritual. Es la prueba fundamental en el proceso del devenir y restauración de la personalidad recorrido por el místico. La muerte se homologa a la Noche Oscura, condición imprescindible para el acceso a estados elevados de existencia, en virtud de su capacidad de liberar al ser de su propio lastre, de su impureza e ignorancia propias, favoreciendo el contacto con poderes trascendentes que activan el crecimiento de un 'yo' profundo y espiritual. Transmuta, por tanto, la condición humana a un nivel superior.

La postura de Emily Dickinson ante la muerte oscila. Puede suscitar angustia o terror. Pero, pese a la desesperanza de su "White Exploit"² (922), que hace gritar, en ocasiones, a sus "persona poeticae": "But in this black Receptacle/ Can be no Bode of Dawn" (1378), pese a conducir a un "abhorred abode" (1718) hacia el cual "Our pace took sudden awe-/ Our feet —reluctant— led" (615), cuando "Retreat —was out of Hope -/ Behind - a Sealed Route" (615), la muerte no supone nunca un aniquilamiento total y absoluto. Resulta terrible por su naturaleza

irrevocable y desconocida, “They perished in the Seamless Grass - / No eye could find the place” (409), impregnada por las potencias de una oscuridad aterradora:

“Won’t somebody bring the light
So I can see which way to go
Into the everlasting snow?” (158)

Sin embargo, lejos de presentarse como una adversidad implacable “Where hope and he part company” (178)-, agente de una fatalidad que se evita- “shunned /.../ Like an adversity” (1718)- constituye, por muy pavoroso que esto sea, un encuentro con Dios, en el que el ser es asido por el Ser Supremo “he is grasped of God” (1718). De ahí también que la muerte guarde la ambivalencia de lo deseado y lo temido, del dolor y del placer, a la vez. Pero, por muy angustiosa que esta experiencia parezca, más allá del tormento y la atosigadora inquietud suscitados, el temor está controlado por la promesa de la unión con lo absoluto, de la que la muerte extrae también su significado superior. Por ello, sin olvidar su aspecto pavoroso, su estremecimiento, este “throee upon the features”, “An anguish at the mention” (71), deja el paso al éxtasis, “An extasis of parting/Denominated Death” (71). Más allá de su aspecto terrible, la muerte se define en términos de dulzura y continuidad, en los que “that Dismay” (1558) se transforma en “the zest of sweetness” (1558).

Debido a la concepción neoplatónica de Emily Dickinson, las potencias de la muerte resultan revivificadoras, totalizadoras y ontológicas.

La muerte es una fuente y, como tal, posee las prerrogativas de desarrollo y crecimiento de la vida. Ella sustenta la existencia, la cual, a su vez, es sustancia de su trayecto. Es un río que amenaza, pero no destruye, que se apodera del ser sólo para ofrecer su saludo a través de “the same Flower Hesperian” (1558), promesa de luz a través de la oscuridad, simbolizadora de la flor del mundo y garantía de creación futura:

“Of Death I try to think like this -
The Well in which they lay us
Is but the likeness of the Brook
That menaced not to slay us,
But to invite by that Dismay
Which is the Zest of sweetness
To the same Flower Hesperian,
Decoying but to greet us -” (1558).

La muerte es un saludo. En su obra, estas innumerables incursiones al más allá no son viajes con un terminus final, sino etapas, transiciones a otras modalidades de existencia.

Estos recorridos trazan senderos dentro de la interioridad del ser, cruces de caminos —“That odd Fork in Being’s Road” (615)—, reveladores de centros ocultos, que conjugan categorías contrarias, el tiempo y la eternidad. La muerte

delimita esta intersección espacializada, “Before —were Cities— but Between-/ The Forest of the Dead” (615), en cuyo ámbito se propicia la convergencia del ser y la inmortalidad:

“Eternity’s White Flag —Before—
And God —at every Gate—” (615)

Ligado a este encuentro con la eternidad “Just girt me for the onset with Eternity” (160), el yo vivencia el retorno a la vida como una pérdida, “Just lost when I was saved” (615), y regresa como un peregrino “Some Sailor, skirting foreign shores -/ Some pale Reporter, from the awful doors/ Before the Seal” (160)-, quien, “as One returned”, ha penetrado el misterio, “I feel / Odd secrets from the line to tell!” (160), y detenta la clave secreta de estas regiones:

“By Ear unheard,
Unscrutinized by Eye-” (160)

La muerte supone la vuelta a las latencias todavía no formadas, a la somnolencia profunda de lo indistinto y lo germinal, propia de los comienzos:

“The Waves grew sleepy —Breath— did not-
The Winds —like Children— lulled-” (598)

Morir es empezar un viaje a través del agua y de sus espacios oníricos, una expansión del ser hacia el infinito, “And pushed away a sail/ That crawled Leagues off” (598), que le hacen partícipe de los ritmos universales y sacian su sed de absoluto. La muerte hace posible la gran metamorfosis, propiciadora de una resurrección creadora:

“Then Sunrise kissed my Chrisalis -
And I stood up -and lived-” (598)

Como fuente de luz, “Rendezvous of Light” (1564), origen de una nueva creación y de identidad, su existencia constituye el momento clave para la consecución de la personalidad verdadera. Es ella “The most profound experiment/ Appointed unto Men” (822), la que urge el despertar de la conciencia y provoca el movimiento interno del alma para hallarse a sí misma:

“Adventure most unto itself
The Soul condemned to be -
Attended by a single Hound
It’s own Identity” (822).

Igualmente supone el regreso al propio ser, un estado de máxima concentración en su misma interioridad y unicidad inalienables en pos de su naturaleza esencial, inmanente:

“How adequate unto itself
Its properties shall be
Itself unto itself and none
Shall make discovery” (822).

El devenir interno se hace a través de este tránsito donde se da el verdadero reencuentro consigo mismo —“permission given/ To rejoin its own” (71)—, donde se consuma la vuelta a la propia consustancialidad y el redescubrimiento de sus potencias absolutas soterradas en el ser. En este proceso hacia la unidad y coherencia internas con lo fundamental y permanente de sí mismo, el “yo” halla, mediante el no ser, la vía de la autenticidad y de su propio rostro esencial.

“I felt a Funeral, in my Brain” plasma muy bien la fenomenología de la muerte e ilustra la concepción filosófica del horizonte espiritual dickensoniano, que ve en este trance un proceso de aprehensión visionaria y el acceso a una condición superior:

“I felt a Funeral, in my Brain,
And Mourners to and fro
Kept treading —treading— till it seemed
That Sense was breaking through-

And when they all were seated,
A Service, like a Drum -
Kept beating —beating— till I thought
My Mind was going numb -

And then I heard them lift a Box
And creak across my Soul
With those same Boots of Lead, again,
Then Space —began to toll,

As all the Heavens were a Bell,
And Being, but an Ear,
And I, and Silence, some strange Race,
Wrecked, solitary, here -

And then a Plank in Reason, broke,
And I dropped down, and down -
And hit a World, at every plunge,
And Finished knowing —then—” (280)

El ámbito cerrado del ataúd propicia la expansión de la percepción hasta abarcar lo inabarcable e ilimitado. Las esferas de la ultratumba permiten al “yo” contemplar las realidades universales y adquirir una conciencia cósmica:

“Then Space-began to toll,

As all the Heavens were a Bell,
And Being, but an Ear”.

La muerte es ventana hacia el infinito. Lo absoluto muestra su estructura oculta: su armonía totalizadora, exaltación de la unidad indivisible entre el “yo” y el todo, en la que el ser queda integrado y consustancialmente orquestado en estas reverberaciones trascendentes: “And Being, but an Ear”. La inmersión en estas esferas abismales se traduce en revelación de mundos y espacios universales —“And hit a world, at every plunge”—, lo que supone acceder, a través de su significado desconocido, a la quintaesencia de la sabiduría. La muerte es equivalente, pues, a un trazado iniciático que conduce a una iluminación y a la consecución de una visión superior. El camino hacia ella es una nueva forma de conocimiento, incursión en las profundidades —“And I dropped down, and down—”, descubridora de nuevas dimensiones —“And hit a world, at every plunge”—, paralela a un proceso de entumecimiento progresivo de la mente, “My Mind was going numb”, y de un abandono de categorías lógico-racionales cada vez más inoperantes. Todo el poema gravita hacia este momento culminante —“And then a Plank in Reason, broke”, que produce la liberación y la visión final. El ser es proyectado contra estas estructuras cósmicas y adquiere una conciencia superior.

El movimiento interno es el de una acumulación gradual hacia este clímax catártico que constituye una nueva forma de saber. La muerte se presenta como un acto ontológico, que cambia la modalidad de comprensión humana e induce a una nueva forma de conocimiento, intraducible en términos racionales.

Según las leyes del devenir interno, propio de la conciencia mística, el embotamiento de las facultades empírico-racionales —“My mind was going numb”, “And then a Plank in Reason, broke”— no trae consigo una incapacidad cognoscitiva, sino que intensifica la facultad de aprehensión de lo absoluto mediante una evolución progresiva hacia niveles superiores de sabiduría. La fenomenología visionaria hace que precisamente esta modificación de la condición de la conciencia permita, a través de la superación de sus propias limitaciones, la aprehensión iluminadora de lo oculto. Por esta razón, la emergencia de lo Real, “Sense was breaking through”, pasa forzosamente por un proceso de disgregación de viejos esquemas.

La incapacidad imaginativa se refiere a un balbuceo inexpresable, debido, no a la falta de entendimiento, sino, todo lo contrario, a la imposibilidad de articular esta plenitud cognoscitiva que excede la modalidad epistemológica.

La muerte opera una transmutación de la personalidad, el acceso a una nueva

dimensión. Marca la evolución de una existencia superficial e ignorante a la conciencia trascendente.

“I heard, as if I had no Ear
Until a Vital Word
Came all the way from Life to me
And then I knew I heard.

I saw, as if my Eye were on
Another, till a Thing
And know 'twas Light, because
if fitted them, came in.

I dwelt, as if Myself were out,
My Body but within
Until a Might detected me
And set my kernel in.

And Spirit turned unto the Dust
“Old friend, thou knowest me,
And Time went out to tell the News
And met Eternity” (1039)

Absuelve al “yo” de una vida desprovista de significado, mediocre como capacidad de entendimiento, anclada exclusivamente en el ámbito de lo temporal y lo ilusorio: “I heard as if had no Ear”, “I saw as if my Eye were on/ Another,” “I dwelt, as if Myself were out” (1039), para restituirle a la trascendencia, a las realidades universales y eternas, a las que pertenece en igual medida. Despierta en él aquellas potencias universales y absolutas que yacen soterradas.

La muerte se confunde con la vida. Llega a ser sinónima de la explosión de las fuerzas vitales, de su máxima integración y plenitud en un momento de suprema revelación. A través de ella, el “yo” comienza a escuchar como “a Vital Word/ Came all the way from Life to me/ And then I knew I heard” y a ver “And now I know 'twas Light”, y descubre también este centro dentro de sí mismo, fuente de realidades profundas y perennes de su esencialidad humana:

“Until a Might detected me
And set my kernel in”.

El trance de la muerte se traduce en culminación de la vida y en el fortalecimiento del ser. Esta revigorización tiene como correlato la integración, operada en el espacio de la muerte, de categorías universales donde se funde en el Uno: materia y espíritu, tiempo y eternidad:

“And Spirit turned unto the Dust
'Old Friend, thou knowest me'.

And Time went out to tell the News
And met Eternity”.

Por esto, la muerte es el eje central de la vida, -“The most profound experiment/ Appointed unto man” (822), punto de gravedad hacia el que el destino gravita. Antes que anular la vida, la muerte la intensifica y revela su significado:

“A Death blow is a Life blow to Some
Who till they died, did not alive become
Who had they lived, had died but when
They died, Vitality begun”.

Emily Dickinson coincide con los místicos, en que es necesario perder para encontrar y morir para vivir.

El trance final activa paradójicamente potencias de vitalidad soterrada: “Death is potential to that Man/Who dies” (267) y despierta en el ser unas fuerzas vigorosas que le empujan en su devenir interno. Desde sus profundidades abismales, configuración del vacío y de la desesperación, hace germinar un camino “Then - fit our Vision to the Dark -/And meet the Road -erect-” (419). De su propia oscuridad desconcertante se engendran nueva luz y nueva vida que vencen las tinieblas y la nada:

“Either the Darkness alters-
Or something in the sight
Adjusts itself to Midnight-
And Life steps almost straight” (419).

Esta valoración de la muerte como voluntad de trascendencia no se produce en ningún momento en detrimento de la existencia. La “nostalgia de eternidad” no la minimiza, ya que el absoluto y los valores últimos son inmanentes a la vida. Emily Dickinson no desprecia la vida en favor de la espiritualidad del más allá. Precisamente esta concepción sacralizadora de la existencia hace que el tiempo conduzca hacia realidades atemporales, “Forever -is composed of Nows” (624), y que la intimación de estos valores se deba producir en el aquí y el ahora:

“Who has not found the Heaven -below-
Will fail of it above -
For Angels rent the House next ours
Wherever we remove-” (1544)

El absoluto no desvirtúa la vida, no le resta ímpetu o vigor, sino que la sacraliza.

Y esto es así, porque la realidad fenoménica procede del mundo metafísico de

las Ideas, de lo Inteligible, en sentido platónico, y, como proyección de estas realidades, remite al ámbito de las esencias:

“The Love a Life can show Below
Is but a filament, I know,
Of that diviner thing” (673)

Lo real, con su modalidad absoluta y arquetípica, traspasa lo fenoménico, lo envuelve y lo sustenta: “All Circumstances are the Frame/ In which his Face is set” (820). lo visible y lo invisible forman un sistema interrelacionado, que afirma la unidad e identidad intrínsecas del universo, en el que lo Material tiene su origen en la interioridad espiritual: “The Outer - from the Inner/ Derives its Magnitude”, “The Inner -paints the Outer” (451). Las formas reciben su contenido de esta realidad nouménica. Las cosas y la existencia nacen de estas esencias inamovibles, centro y eje absoluto del que se desprenden también el tiempo y la existencia:

“The fine -unvarying Axis
That regulates the Wheel -
Though Spokes —spin— more conspicuous
And fling a dust - the while” (451).

El ser se define a través de esta dualidad constitutiva y consustancial:

“Nature and God - I neither knew
Yet Both so well knew me
They startled, like Executors
Of My identity” (384).

Forma parte de la tensión entre el destino y la eternidad. Más allá de su condición perecedera y efímera, el ser pertenece en igual medida a la trascendencia:

“No Rack can torture me -
My Soul -at Liberty-
Behind this mortal Bone
There knits a bolder One-” (384).

Constituye un eslabón de este lenguaje indescifrable de correspondencias e identidades indisolubles que impregna ineludiblemente el espíritu en el lienzo de la vida. El ser extiende esta analogía entre lo real y lo virtual, simbolizada mediante la unidad entre la imagen de las estrellas y su proyección virtual en el agua:

“The Star’s whole Secret —in the Lake—
Eyes were not meant to know” (451).

en la que lo visible objetiviza el reflejo de lo ideal, lo bello y lo verdadero. Superando su propia transitoriedad, encuentra en su propia disolución en lo efímero, su conexión oculta con la inmanencia.

Emily Dickinson, junto con Keats, reformula la idea platónica de la muerte como camino hacia la filosofía y sabiduría, ya que solamente después de la liberación de las limitaciones del cuerpo se llega a contemplar, a través del alma, las Formas Ideales en su plenitud. La percepción de estas realidades arquetípicas, la comunión del ser con el mundo de las Ideas, se llevan a cabo por medio de la muerte. Ella asimila el ser a la universalidad, y posibilita en su espacio la unión plena con las realidades universales y eternas del espíritu.

Explorando su “circunferencia”, el “yo” descubre la dimensión infinita y absoluta que lleva en su seno. Encuentra su reflejo eterno, su identidad verdadera. Recobra la fuente oculta de su vida, su conciencia trascendente. Halla en la Verdad, la Belleza y el Amor las potencias definitorias del ser y encuentra, precisamente en esta realidad imperecedera y universal, la quintaesencia de su autenticidad esencial. Las causas últimas están en la inmanencia y en la dimensión ideal.

Dickinson suscribe la máxima de Keats “For Beauty is Truth, and Truth is Beauty”, en un poema en que afirma: “Themselves are one” (449). Verdad y Belleza, indisolublemente interrelacionadas, constituyen la sustancia de la vida misma, la realidad inalienable a la creación misma, sin la cual el ser no se puede concebir. La existencia procede de ellas y halla allí, en el mundo de las Formas Superiores, su origen y razón de ser:

“Estranged from Beauty —none can be—
For Beauty is Infinity -
And power to be finite ceased
Before Identity was leased” (1474)

La Verdad materializa lo absoluto:

“Truth —is as old as God—
His Twin identity
And will endure as long as He
A Co-Eternity -” (836)

Con la misma intensidad, el amor sustenta y llena de contenido el concepto de verdad, con el mismo poder inmutable que precede y antecede a la vida, “Love-is anterior to Life -/ Posterior - to Death” (917), y definitorio por excelencia de las facultades humanas “and/The Exponent of Earth” (917).

Por todo ello, es “through an Open Tomb” (906) como se revela el verdadero valor y significado del tiempo:

“The Admirations —and Contempts— of time
Show justest —through an Open Tomb—” (906)

El más allá otorga la visión total desde las alturas ontológicas de un saber superior:

“Dying —as it were a Height
Reorganizes Estimate” (906)

La muerte concede el conomiento absoluto. Permite ver lo que antes permanecía incomprensible, mientras que las certezas y antiguos esquemas de antaño se derrumban:

“And what We saw not
We distinguish clear -
And mostly - see not
What We saw before” (906)

La muerte detenta este poder ontológico, ya que en su ámbito el ser vuelve a la fuente de su existencia espiritual, que vertebra su vida caduca y precedera y, al mismo tiempo, la trasciende:

“If my Bark sink
‘Tis to another sea -
Mortality’s Ground Floor
Is Immortality” (1234)

La muerte traspasa lo ilusorio y lo contingente, lo particular insignificante, y desvela la realidad última de las cosas y del mundo, la estructura ignota de lo Real y la integración totalizadora en su unidad indestructible de modalidades contrarias: tiempo y eternidad, materia y espíritu:

“‘Tis Compound Vision
Light —enabling Light—
The Finite - furnished
With the Infinite -
Convex -and Concave Witness-
Back -toward Time-
And forward -
Toward the God of Him -”(906)

La muerte no aboca la vida al absurdo. Al contrario, revela la unión inmanente del ser con el absoluto.

Manifiestos o no, la vida contiene en sí, si bien a nivel consciente o todavía no revelado, finalidad y significado:

“Each Life converges to some Center
Expressed —or— still

Exists in every Human Nature
A Goal -" (680)

La búsqueda de este sentido último desborda a menudo la capacidad de discernimiento y comprensión humanos; va más allá de lo inmediato, temporal y fácilmente reconocible:

"Embodied scarcely to itself —it may be—
Too fair
For Credibility's presumption
To mar -" (680)

Esta necesidad de significado se traduce en ansia de infinito, aspiración y conexión con lo alto y lo superior, que configuran las esferas de la sacralidad:

"Adored with caution —as a Brittle Heaven—
To reach
Were hopeless, as the Rainbow's Raiment
To touch -

Yet preserved toward —sure— for the Distance -
How high -
Unto the Saints' slow diligence
The Sky". (680)

Cabe la posibilidad de que el "yo" fracase en su esfuerzo por alcanzar este centro: "Ungained —it may be— by a Life's low Venture". Pero su anhelo insaciable de lo absoluto hace que la búsqueda de significado sea un movimiento del alma eterno, arquetípico y universal. Independientemente del resultado obtenido, del éxito o posible derrota, todos estos intentos de desglosar la realidad última se inscriben en un gran continuum que engloba todos los demás esfuerzos, como una progresión incesante hacia este mundo de las formas ideales.

Las breves vidas no han transcurrido en balde, sus esfuerzos no están perdidos, olvidados, aislados. Todo lo que no se alcanzó "by a Life's low Venture" (680), perdura. Contribuye y se integra en una evolución universal de espiritualización gradual, constante, eternamente idéntica y recurrente que conduce al absoluto:

"But then -
Eternity enable the endeavouring
Again." (680)

La muerte no es un punto final en este movimiento permanente de la vida. No trunca tampoco esta evolución del alma en su devenir interno. Como dice Emily Dickinson "Captivity is Consciousness/ So's Liberty" (384). Esta misma impotencia del ser ante los confines de la muerte es fuente de su liberación y trascendencia. En

la misma tragedia de su condición perecedera y caduca yace el poder de redención. Es precisamente la ineluctabilidad de la muerte la que prepara al hombre para la vida. La limitación en el tiempo le desvela la acuciante necesidad del despertar de la conciencia y en ella, en su fuente creadora de valores, el ser encuentra su permanencia y dimensión eternas que le harán superar los estragos del destino y la fatalidad.

Nota

1. Cf. Mircea Eliade, *Mythes, rêves et mystères*, París, Gallimard, 1957.
2. *The Complete Poems of Emily Dickinson*, Thomas H. Johnson ed., Boston: Little, Brown & Co, 1957. Las cifras a continuación de cada poema respetan la numeración que Johnson da a las poesías de Emily Dickinson.